

## UN LIBRO AMERICANO CASI DESCONOCIDO: LAS MEMORIAS DE MAMÁ BLANCA

En 1924 hizo su aparición en el mundo literario la novelista venezolana Teresa de la Parra (1890-1936), con la publicación de su novela *Ifigenia* o *Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba*, que obtuvo el primer premio en un concurso para autores americanos celebrado en París ese mismo año.

La obra produjo asombro y seducción. Con ella surgía un tipo de narración intimista, subjetiva, que revelaba por primera vez el alma de la mujer criolla. En un lenguaje confidencial, lleno de ironía e ingenio, como confesándose, en el tono de la conversación familiar, su protagonista reaccionaba contra la rutina y los convencionalismos.

La autora quedó incorporada desde entonces al gran movimiento literario femenino, que se había originado dentro del postmodernismo, y pasó a ocupar un puesto junto a las ilustres figuras de la chilena Gabriela Mistral (1889-1957), de las uruguayas María Eugenia Vaz Ferreira (1875-1924), Delmira Agustini (1887-1914) y Juana de Ibarbourou y de la argentina Alfonsina Storni (1892-1938).

Teresa de la Parra, aunque muy encariñada con la tradición por temperamento y modalidad espiritual (gran testimonio de las viejas casonas y de sus costumbres) se opuso en todo momento a la naturaleza conservadora de una sociedad en la que se resistía a morir un mundo ya sobrepasado, por lo que se afilió —sin perder su sello de americana— a las corrientes renovadoras y sociales, provenientes de Europa.

De ahí que *Ifigenia* muestre, por un lado las influencias de Europa y frente a ellas, unas veces el afán imitativo, pero otras —las que en definitiva vencieron en el espíritu de la escritora— las resistencias a aceptar modos contrarios a la índole americana.

En cambio, en su segundo libro, *Las Memorias de Mamá Blanca* (1929), que es la obra de la plenitud por la perfección de su lenguaje y estilo, prevalece su intenso amor por la tierra venezolana y nos presenta a sus personajes característicos.

Está constituido por nueve relatos de la vida rural en una hacienda cercana a Caracas y una Advertencia, que es un relato más, en el que la autora al describir su encuentro, cuando niña, con Mamá Blanca, finge que la viejecita le entrega los originales de *Las Memorias*.

Los nueve cuentos se refieren a la educación de seis niñas en ese ambiente muy de su tierra, con sus costumbres típicas y sus personajes singulares, educación que, por ese motivo, comprende la vida toda y no meramente la instrucción escolar. Al final de los años de su infancia van a Caracas, donde sufren los inconvenientes de la inadaptación y desde donde sueñan, aunque temen, volver a la hacienda, como vuelven y encuentran deshechos más de uno de los encantos de su niñez agrandados por la nostalgia.

Cada una de las relaciones tienen algo así como un protagonista, figura sobre la que en especial se aplica Teresa de la Parra para animar, con los recursos del arte, los modos particulares de su condición humana. Así, Mamá Blanca en la Advertencia, Blanca Nieves, la tercera de las niñas, en el relato siguiente. Luego Mamá, y al lado, otra vez Blanca Nieves o María Moñitos, capítulo delicioso compuesto de varios títulos donde la escritora se ríe de sí misma. A continuación, la figura notable del primo Juancho, “con su solemne y negro levitón de entierro” y la cumbre del libro: la estampa maestra de Vicente Cochocho, el peón inmortal de las cien habilidades y desempeños, con su múltiple vocación de médico y veterinario, “embuzador” del trapiche, deshierbador de las, to-

eador de maracas, agente de pompas fúnebres, regador, herborista y guerrero. Y mientras en nota de color y movimiento se describe el Trapiche como personaje animado del campo venezolano, *Las Memorias de Mamá Blanca* pasan al relato virgiliano y tierno de Nube de Agua y Nube de Agüita, la vaquita y el becerro que son como seres humanos y de Daniel, su cuidador, estratega y político. La obra termina con la evocación de Aurora, una de las niñas que muere a los ocho años al llegar a Caracas. La narración de tan triste acontecimiento y su reflejo en la Mamá, juntamente con el mencionado regreso a la hacienda, concurre al final del libro para dar una nota de melancólica tristeza.

Vicente Cochocho es por excelencia un tipo criollo, en cuya cabeza rizada se daba la mezcla del indio con el negro, "cada cual en su puesto, con mucha mansedumbre y sin nunca dirigir malevolente su alianza contra el blanco". Agrega la autora: "el pelo de la cabeza, donde mandada el negro, era un mullido colchón lanudo, mientras que el bozo, dominado por el indio, era tan ralo, tan tieso, tan poca cosa..." (1).

"Sus ojos eran como el puente por el cual se pasaba de la fealdad de su cuerpo a la belleza de su alma; pero al igual de los sapos y de los piojos (cochochos) no tenía a simple vista edad ninguna: era viejo. Sus piernas cortas y torcidas siempre en trato íntimo con tierra y agua, siempre desnudas hasta las rodillas; siempre salpicadas de barro no daban impresión de suciedad o descuido, ni podían inspirar asco. ¿Son sucios los helechos que besa la corriente y espolvorea la tierra? ¿Dan asco las raíces que se arrastran al nivel del suelo entre el polvo hermano y la lluvia santa? (2).

"Andaba peor que mal vestido, puesto que casi no andaba vestido" (3).

"Cochocho no era un apellido, era un apodo. Nuestro gran amigo tutelar Vicente, ni calzaba zapatos, ni calzaba apellido"

---

(1) PARRA, Teresa de la, *Las Memorias de Mamá Blanca*, Caracas, Venezuela, ed. Las Novedades, 3ª edición (sin fecha), pág. 100-101.

(2) PARRA, Teresa de la, *op. cit.*, pág. 100-107.

(3) PARRA, Teresa de la, *op. cit.*, pág. 188.

“Grande por la bondad de su alma, no podía ser más pequeño en cuanto a estatura física” (4).

“La beneficencia de Vicente Cochocho, semejante a la luz del sol, se derramaba sin preferencias sobre todos los hombres, en todas las circunstancias: ricos y pobres, grandes y humildes, malos y buenos, a todos alcanzaba. Lo mismo exponía Vicente su vida vadeando un río crecido para llevarle unas hojitas de cualquier cosa a un moribundo, que la exponía subiéndose a una rama inaccesible a fin de alcanzar el ramito de mamones encargado por alguna de nosotras” (5).

“Vicente era reacio al matrimonio. No por aquella dureza de corazón de la cual nos habla el Evangelio, sino por un arraigado e invencible sentimiento de fidelidad. Como ni la Iglesia ni las leyes permiten el matrimonio con dos mujeres a la vez, no pudiendo ser infiel a Eleuteria por preferir a Aquilina, ni ser infiel a Aquilina por preferir a Eleuteria, rechazando toda posibilidad de matrimonio, Vicente repartía con equidad su amor, ya platónico sin duda, entre aquellos dos compañeras de dos épocas diversas de su juventud, a quienes circunstancias fortuitas habían reunido en un día de otoño bajo el techo hospitalario de su rancho alquilado. Por uno de esos milagros que sólo realiza la gran bondad, como el de San Francisco con el lobo, Vicente había realizado el suyo: Aquilina y Eleuteria vivían en perfecto acuerdo” (6).

Presentado el personaje con extraordinaria fuerza de evocación, creado o vuelto a crear conmovedoramente, Teresa de la Parra completa el plástico relato con anécdotas significativas de su carácter, haciéndolo mover para que muestre las facetas de su espíritu sobre el fondo pictórico del paisaje. Así las referencias a sus accidentadas intervenciones de mago curandero o las escenas de sus auxilios en casa de los campesinos muertos, o bien en los bailes, despreciado por la carencia completa de atractivo físico o en sus afanes revolucionarios en que desarrolla su impulso bélico, desapareciendo “hasta más ver” y quedando al despedirse “siempre a la orden”, o anunciando a sus patrones que la revolución pasaría por el cerro, o

---

(4) PARRA, Teresa de la, *op. cit.*, pág. 99.

(5) PARRA, Teresa de la, *op. cit.*, pág. 118.

(6) PARRA, Teresa de la, *op. cit.*, pág. 121-122.

regresando cubierto de laureles después de terminada la acción, con sus treinta hombres ilesos.

Vicente Cochocho sobresale en la literatura hispanoamericana como el centro de un suave y a la vez intenso poema rústico y popular que llenará de enseñanzas humanas y de ternura a los lectores por siempre.

Si Vicente Cochocho representa los valores del pueblo exhibidos en la consideración de un hombre humilde, en cuyo análisis exalta su fe en América Teresa de la Parra, porque Cochocho es una prueba del depósito de virtudes de desarrollo posible en la masa de los anónimos de Venezuela, en el primo Juancho aparece un representante de las clases cultas.

Este personaje es quien demuestra con el ejemplo de su propia vida y enseña entre insultos y diatribas, aparentemente contradictorios, que lo que se mueve en el fondo de todos los pueblos sudamericanos, es el alma idealista de la raza.

Como sucede en los casos de amor, el de primo Juancho por su tierra se resolvía en protestas o invectivas continuas contra lo mismo que quería. Su ideal de que Venezuela fuera grande se traducían en violentas exposiciones para deshauciarla en todo como país perdido ya para la civilización, sin esperanza de remedio alguno, pero su mismo desbordante cariño iba enseñando a bien comprender y amar lo propio, que él, sin que se diera cuenta ponía en pie, destacándolo y empapándolo de gracia, de hidalguía y de bondad cautivantes.

Primo Juancho, "para servir a ustedes", llegaba a Piedra Azul siempre al caer de la tarde montado en Caramelo, y desde luego llegaba quejándose. No bien sus pies habían tocado el suelo, después de saludar a todos con su natural extraordinariamente cariñoso, se lamentaba enseguida del mal estado de los caminos, del exceso de polvo, de la falta de puentes, de la pobreza de los ríos; de todo... Pero luego, con inmensa dulzura dejaba caer el rocío bienhechor de sus consejos. •

Llevaba recatadamente su pobreza noble y con mucha reserva su edad. Andaba siempre muy vestido de negro. Todas las mañanas desde temprano aparecía en los corredores de

Piedra Azul, bien cepillado, atada al cuello, con estudiado enrollamiento, su ancha corbata de seda oscura que hacía juego con su levitón de dos faldones.

Era muy ilustrado, pero aparte destacarse por sus indignaciones y por su saber sobre todos los temas, el primo abuelo Juancho, era admirable por su elocuencia libre de declamación y de falsa retórica.

“...Poseía el don divino de la palabra, es decir, que cuanto surgía de sus labios surgía palpitante de vida y se imponía en el auditorio. Yo creo que ese don de la palabra fue a un tiempo el origen de su felicidad y de su desgracia. Y es que, al igual de Don Quijote, para extirpar de raíz todos los males, lleno de abnegación, cabalgando en los más brillantes períodos, se lanzaba diariamente a trote suelto por entre las utopías”. “...Ni tiempo ni dinero tuvieron nunca a sus ojos la menor importancia. Los reunía en un mismo desprecio y ni los veía. Siempre estaba en retardo y era rarísimo que tuviera un billete de banco en la carterita flaca que nadaba solitaria en su bolsillo. Es evidente que de todas las miserias de este mundo la única que jamás se le ofreció es aquélla que se esconde dentro de las riquezas, los honores y el éxito” (1).

Teresa de la Parra reconoce hasta qué punto el primo Juancho fue un maestro en la formación de su alma, en varios sentidos particulares. Le enseñó el lado peligroso de la riqueza y cómo la falta de recursos puede ser una escuela de sobriedad y de discreción si nos conduce a vivir más con nosotros mismos y con lo más tierno que viene del alma. Le demostró también que la erudición sin gracia era más peligrosa y casi siempre es sólo vehículo para expresar la parte menor de nuestro espíritu disminuyéndonos al revestirnos exclusivamente con ella.

Como por su ilustración y su talento el primo Juancho resulta una figura de categoría intelectual, vuélvese su retrato un símbolo de los hispanoamericanos idealistas que no han podido construir por exceso de pensamiento, es decir por un pen-

---

(1) PARRA, Teresa de la, *op. cit.*, pág. 78.

samiento no equilibrado con la realidad. De ahí su disconformismo; el de los hombres que queriendo a su patria entrañablemente, han terminado por ser atrapados por el pensamiento libresco europeo, sin capacidad para comprender los problemas de los hombres de trabajo de su tierra.

Teresa de la Parra despide a su querido personaje, paradójico y contradictorio, con estas palabras que rubrican su inadaptación o la escasez de sus fuerzas para luchar con éxito.

“Ahora ya sé por qué vivías indignado sin razón, y por qué amanecías todas las mañanas con tu solemne y negro levitón de entierro. Sabías que entre unos y otros estaban asesinando brutalmente la noble, vieja gracia campechana, y como poco a poco enterraban algo de ella todos los días, todos los días tú asistías consecuente a su pedazo de entierro”.

“... , en lugar de la gracia, como castigo, nos ha quedado el énfasis”. (8).

Como bien lo expresa Mariano Picón Salas con *Las Memorias de Mamá Blanca* apareció “uno de los libros de evocación infantil más bellos que puedan encontrarse en toda la literatura hispánica” (9). En esos relatos de los tiempos de niño, que leyéndolos conducen a revivir los propios tal como fueron o desearon ser, resplandece la simplicidad y la inocencia cargada de riqueza de alma: la maestría de la sencillez.

“Es como si nos sentáramos sobre la hierba húmeda por el aguacero de la noche anterior —dice Luz Machado de Arnao— para oírle a alguien una larga y esperada historia de la tierra que nadie había llegado a escribir. Palpita entonces en derredor el verde corazón del campo. Y cada uno de los personajes de la obra pasa a través de sus páginas como si a nuestro aposento, de pronto, sin que lo quisiésemos tal vez, entraran la dulzura, la gracia y la bondad de nuestro corazón” (10).

---

(8) PARRA, Teresa de la, *op. cit.*, pág. 96.

(9) PICÓN SALAS, Mariano, *Formación y proceso de la literatura venezolana*. Caracas, Venezuela, ed. Cecilio Acosta, 1940, pág. 216.

(10) ARNAO, Luz Machado de, *Margen biográfico a Teresa de la Parra*, en *Las Memorias de Mamá Blanca*, Caracas, Biblioteca Popular Venezolana, Dirección de Cultura del Ministerio de Educación Nacional, 1945.

Teresa de la Parra como sin quererlo, como distraída, huyendo por don natural y con deliberación además, de toda pretensión intelectualista, va deslizando en la narración ideas importantes: estéticas, a veces políticas, todas, llenas de preocupada humanidad.

Tal cuando se refiere, con ironía graciosa, a los modernos "ismos" de la literatura y del arte pictórico contemporáneo; o cuando al celebrar los dones espirituales de la madre, con motivo de glosar su romanticismo, expone su creencia de que como el tabaco, la piña y la caña de azúcar, el Romanticismo fue "una fruta indígena que creció dulce, espontánea y escondida entre languideces coloniales y las indolencias del trópico hasta fines del siglo XVIII", y que hacia esa época Josefina, sin sospecharlo, como si fuera un virus ideal se lo llevó entre sus puntillas, contagió a Napoleón y, los ejércitos del Imperio, ayudados por Chateaubriand, "propagaron la epidemia a todas partes" (11); o cuando haciendo algunas alusiones políticas se burla de las asambleas diplomáticas y de la Sociedad de las Naciones, cuyos delegados tienen como misión efectiva la de ocultar al público "con habilidad y admirable espíritu de asociación, la inutilidad absoluta de sus reuniones" (12); o cuando pone intencionadamente en boca del primo Juancho elogios sobre los Estados Unidos futuros de Hispanoamérica; o por fin cuando al comentar el encanto que florece en el ensueño, exclama filosóficamente:

"Yo no sabía aún que, a la inversa de los poderosos y los ricos de este mundo, la vida es espléndida no por lo que da, sino por lo que promete" (13).

#### MARTA BARALIS

Talcahuano 981. 17. D. Buenos Aires

---

(11) PARRA, Teresa de la, *op. cit.*, pág. 36.

(12) PARRA, Teresa de la, *op. cit.*, pág. 82.

(13) PARRA, Teresa de la, *op. cit.*, pág. 14.